



Este artículo es una publicación de la Corporación Viva la Ciudadanía
Opiniones sobre este artículo escribanos a:

semanariovirtual@viva.org.co

www.viva.org.co

Juventudes sin futuro

Julio César Carrión Castro
Universidad del Tolima

*En Noviembre nacerán...
...Cuando Victorino encuentre a Victorino
y otro Victorino, quien sabe que pasará...
¿Morirán?*

César Augusto Zambrano Rodríguez

“Juventud” es un término vago, abstracto, etéreo, cambiante... es una categoría social no claramente estudiada, que no explica con exactitud si se trata de un concepto sociológico, cultural, afectivo, cronológico o biológico. Hay carencia absoluta de definición en esta noción tan socorrida. Pero, así como existe un reclamo de precisión en el concepto, hay una imperiosa búsqueda de identidad y reconocimiento por parte de esa juventud que el término pretende abarcar. Los jóvenes, por supuesto, reclaman una explicación...

En la América Latina, a comienzos del siglo XX, se pone en marcha un nuevo ciclo de apertura capitalista, conocido como de modernización económica, que significó la adecuación de las tradicionales dinámicas nacionales a los intereses de las empresas internacionales, con grandes reformas -bancaria, financiera, fiscal, comercial, laboral, administrativa y, por supuesto, educativa-, una tímida vinculación a los procesos técnicos y científicos y a los modelos de desarrollo global, incluso con la obtención de altas tasas de rendimiento productivo y comercial; con forzadas migraciones del campo a las ciudades y los correspondientes procesos acelerados de urbanización, una relativa ampliación de la cobertura escolar y expansión de la matrícula universitaria y, con ello, la abrupta irrupción de las luchas estudiantiles.

Se trató de la aparición política del fenómeno de la juventud, que muy pronto habría de expresarse en confrontaciones con el estado de cosas, pues a pesar de todas estas realizaciones modernizadoras, persistirían en la región las prácticas políticas de corte tradicionalista como el *gamonalismo* y el *clientelismo*, sustentadas en la vigencia anacrónica del régimen señorial y hacendatario de la época hispano-colonial, debilidad estructural de lo público frente a lo privado, inequitativa distribución de la riqueza, inmovilidad social, carencia de participación política para las mayorías nacionales, ausencia de una ética civil y por lo mismo el sometimiento al confesionalismo, principalmente en materia educativa.

El acontecimiento de las luchas de los sectores juveniles de obreros y

estudiantes, llegaría a alcanzar grandes hitos históricos como el que representa y simboliza el Manifiesto de Córdoba, Argentina, de 1918.

Las tradicionales sociedades campesinas y rurales no tenían muy en cuenta esta categoría de “juventud”, que ahora irrumpía con fuerza y decisión.

Rubén Darío, el perseguido y proscrito poeta nicaragüense, queriendo tercamente enfatizar en la validez de una juventud sustentada en amor y el optimismo, en el poemario *“Cantos de vida y esperanza”* de 1905, incluyó su *“Canción de otoño en primavera”* en que decía:

¡Juventud, divino tesoro,
ya te vas para no volver!
Cuando quiero llorar, no lloro...
Y a veces lloro sin querer...

Prevalido de estos hermosos versos el escritor venezolano Miguel Otero Silva, en 1970, escribió su novela *“Cuando quiero llorar no lloro”* en la que plantea, mediante una narración profética, el destino de una juventud -encarnada en tres muchachos de distinta condición social- presa de los avatares de un mundo cargado de múltiples expectativas y carencias...

Destacados investigadores de nuestra cruda realidad, cercada por la muerte, coinciden en establecer que la desesperada situación de la juventud colombiana se debe a la carencia de posibilidades de participación y de realización humana en un medio social que los niega, no contando para nada con ellos, con sus sueños ni con sus ilusiones. Una juventud que en busca de reconocimiento halla abiertas tan sólo las puertas del escapismo y de la delincuencia, en una sociedad obsesionada por la ideología del éxito y el consumismo; sociedad carente de una ética civil cimentada en los valores de la tolerancia y el respeto de las diferencias, que logre ocupar el vacío dejado por la moral confesional, hoy desvanecida e ineficaz y cuestionada incluso por los mismos creyentes.

Esta juventud, por razones fáciles de entender, es la víctima propiciatoria, el chivo expiatorio de fuerzas impersonales que la manipulan permanentemente, haciéndole aceptar racional y moralmente cualquier recurso que les lleve a la consecución de una esquiiva identidad. Los medios de comunicación, con su incesante cantinela publicitaria, inducen a la más desafortada compulsión consumista y a la más burda imitación de roles estereotipados que la denominada “cultura de masas” preforma e impone para la demanda generalizada de idealizaciones. Modelos a imitar son los guerreros invencibles, los exterminadores y otros excitantes personajes que se fijan de manera inmediata en las conciencias juveniles, quienes a su vez intentan repetir las aventuras “heroicas” que aquellos les proponen. Con los altisonantes nombres de estos superhéroes, despiadadamente los mafiosos, los sicarios y las bandas juveniles reproducen en las azoradas barriadas de las ciudades colombianas sus desdichadas hazañas: vemos como grupos de sujetos que se autodenominan Héroes, Rambos, Cobras, Vengadores, Magníficos, etc., se encargan de efectuar las masacres y ejecuciones por todas las regiones del país.

Rodrigo Parra Sandoval abrió el camino para los estudios analíticos y socio-pedagógicos sobre la violencia que devora a la juventud colombiana, negándoles las posibilidades de futuro. Carlos Duplat San Juan, en 1991 dirigió una polémica serie de televisión sobre el tema tratado por Otero Silva: los tres jóvenes de la narración (más conocidos como *Los Victorinos*) emprenden una lucha contra ese destino marcado por lo que les depara una sociedad estratificada y clasista, que les impone exclusivamente roles estereotipados como el de policías, narcotraficantes, guerrilleros o sicarios...

Alonso Salazar, en su inquietante libro *No nacimos pa' semilla*, que escudriña los factores que han hecho posible el sicariato y la violencia en los barrios y comunas de Medellín, afirma que los jóvenes se desesperan y por eso caen en la delincuencia. Además los medios de comunicación los están sugestionando todos los días para que compren lo mejor, ropa de marca, para tener billete y una moto o un carro. Ese es el prototipo de triunfador o "exitoso", que han creado la publicidad y los jefes de las mafias.

Estas forzadas identidades, generadas por patrones de comportamiento prefigurados, han provocado en las juventudes colombianas esa ausencia de futuro como tan acertadamente lo llamó Rodrigo Parra Sandoval. Ausencia de futuro que se expresa no sólo en la marginalidad y el abandono económico y cultural, sino, fundamentalmente, en la construcción de un nuevo imaginario colectivo, de un nuevo ideario cultural que les ha conducido a la banalización de la vida y sus valores, afirmando, por el contrario, un sórdido optimismo por la muerte: ellos saben que son 'desechables', cuando se vinculan a un grupo saben que no van a durar mucho tiempo, pero ya nada los detiene. Empiezan a pensar en la muerte como algo natural. Esta desvalorización de la vida entre las juventudes la captó también Víctor Gaviria en su película de 1990, *Rodrigo D. no futuro*, y luego en la archiconocida *La vendedora de rosas* de 1998, en las cuales el director indaga atrevidamente acerca de las condiciones lumpenescas y de arrabal presentes en las barriadas de Medellín, en donde un nuevo tipo de bandidaje, el de las muchedumbres anónimas transplantadas del campo a la ciudad, ensaya una inútil protesta con sus crímenes que no logran hoy tocar para nada la estructura ni los intereses del Estado, como tampoco el viejo bandidaje, el de los "pájaros", inquietó en lo más mínimo las altas esferas del poder o del gobierno, que siempre ha dicho que "la economía marcha bien" mientras crece la miseria, el hambre, la exclusión y el dolor y el odio, entre los sectores eufemísticamente llamados deprimidos o marginales.

Esta depreciación de la vida es la que se encuentra contenida en las grotescas actuaciones cotidianas a que nos vienen acostumbrando en Colombia los sicarios. Los llamados medios de comunicación, de manera permanente, se solazan en informar en detalle acerca de la labor de mercenarios, sicarios, narcotraficantes y otros delincuentes y bandidos transformados, por interés del rating, en héroes y modelos de imitación y seguimiento.

En este mismo contexto de menosprecio hacia la vida propia y la ajena se enmarca la utilización de un lenguaje atrevido, desfigurado y lunfardo, que intenta una rebelión sin perspectivas, tal y como lo analizara Juan José Sebrelli para los "guapos" y los "compadres" del viejo Buenos Aires malevo: El lunfardo,

que comenzó siendo el lenguaje técnico de los malhechores, destinado a ser entendido sólo por los iniciados, devino luego el lenguaje de todo este sector desasimilado, que intenta la destrucción simbólica de la sociedad organizada, mediante la destrucción de su lenguaje. Esas prepotentes y ritualizadas frases, hoy tan conocidas, les permiten a los miembros de las barras, las bandas o galladas afirmarse desesperadamente, despreciar la sociedad que les desprecia y ligarse aún hasta en la muerte con sus compañeros: ñeros, a quienes, sin perder su condición de “pichurrias”, “pirobos” o “gonorreas”, se les exige con la fuerza que proviene de una especie de “ética del hampa”, que sean berracos, les sentencian: “vive la vida hoy... aunque mañana te mueras”; y en los casi cotidianos funerales les exclaman a los tempranamente fallecidos: “moriste en tu ley, sos un berraco”; “no nacimos pa’semilla”; “bacano, estás en lo tuyo, siempre cumpliste ñero”, y muchas otras consignas que les dan seguridad y fortaleza ante la muerte y les ayudan a garantizar la cohesión del grupo...

Tras una perspectiva de explicación global de la brutalidad, el desencanto y el desangre generalizado que vive hoy esta juventud colombiana, se encuentran diversos investigadores que vienen produciendo múltiples estudios y análisis sobre el tema. No sólo los cineastas y escritores a que nos hemos referido, sino muchos otros como el recientemente fallecido escritor Oscar Collazos quien nos dejó una extraordinaria novela publicada en 2006 que llamó “Rencor”, y que narra la patética vida de una adolescente atrapada en una sociedad con rígidos impedimentos étnicos y clasistas que impone, además de la miseria, la exclusión, la marginalidad, la drogadicción y la prostitución a estas jóvenes no bien salidas de la infancia, el más terrible desencanto, el rencor y el miedo generalizado, en una sociedad centrada en las apariencias y el falso brillo de la farándula y el espectáculo.

La violencia política de hoy está estrechamente articulada con las del pasado, como lo expresa Carlos Alberto Uribe en su ensayo *Nuestra cultura de la muerte: Se pueden encontrar constantes en todos los rituales de muerte, desde la que propinaba el ‘pájaro’ de ayer, hasta el causado por los sicarios de hoy (...) es como una cadena de muerte (...) nuestra violencia tiene raíces, nuestra violencia todo lo permea, porque la violencia también se gesta en nuestra vida, en nuestras casas, en nuestra familia, entre padre y madre, entre padres e hijos, entre hermanos y la cadena sigue...*

Escrutar las raíces del odio y la violencia actual significa ampliar, extender las perspectivas del análisis, pasar de las simples descripciones, reseñas periodísticas o noveladas y superar las usuales recomendaciones políticas y socioeconómicas, ir más allá, pasar a la vida interior de los individuos, indagar sus relaciones familiares e interpersonales.

Esa ausencia de futuro se refiere al hechizo, al encanto, al atrapamiento y seducción que históricamente ha ejercido la violencia sobre las mentalidades juveniles. Tanto la vieja violencia como la criminalidad presente han involucrado a los sectores juveniles, a los adolescentes, casi a los niños. A Teófilo Rojas, alias “Chispas” en 1958, con sólo 22 años de edad, se le sindicaba de más de cuatrocientos crímenes. Él confesó que inició sus actividades delictivas por la necesidad de vengar las muertes y las violaciones perpetradas contra sus

parientes, desde la tierna edad de 13 años, en el municipio de Rovira (Tolima). ¿Quién no recuerda con horror las espeluznantes fotografías que se anexaban a las primeras ediciones de obras como *La violencia en Colombia* de Orlando Fals Borda, Eduardo Umaña Luna y Monseñor Germán Guzmán? o a las crónicas periodísticas de aquellos años? Tales fotografías eran acompañadas además de descripciones y especificaciones en detalle de los tipos de cortes y desfiguraciones efectuados a los cadáveres. Aterra saber que toda esa vesania fue llevada a cabo incluso por niños como el temible teniente Roosevelt, de apenas 11 o 12 años, como lo consignan Gonzalo Sánchez y Donny Meertens en su libro *Bandoleros, gamonales y campesinos*. Los asesinos de los dirigentes políticos de hoy, reclutados entre la juventud, también son casi niños, tanto que la madre de alguno de estos sicario recordaba cómo éste, tan sólo unos días antes de realizar el atentado, había llorado desconsolado por la muerte de un pajarito.

Los investigadores de la *Comisión de Estudios Sobre la Violencia*, de 1987, los así llamados “violentólogos” dirigidos por el mismo Gonzalo Sánchez, hicieron la tipificación de una violencia mucho más amplia y compleja, porque nuevas formas de ésta han irrumpido mezclándose con las anteriores, en una lógica implacable que deja cada vez menos espacios abiertos para el optimismo y la esperanza...

En estos estudios se establece que la violencia intrafamiliar por ejemplo, constituye un elemento básico para la reproducción de estos caracteres, proclives a considerar el asesinato como algo trivial y pasajero, se conjugan la historia personal de los protagonistas y determinadas condiciones sociales que propician la impotencia y la frustración... El hecho de que el proceso de socialización de los individuos, se realice en un medio familiar violento, es determinante en la reproducción de la cultura de la violencia que tanto daño está ocasionando en el país...

Existe un sinnúmero de situaciones familiares, e incluso escolares, que pueden engendrar cada vez una mayor violencia, en especial dentro de los grupos “marginales”, entre niños y adolescentes que habitan ya sea las desordenadas barriadas de las grandes ciudades o en los olvidados sectores campesinos, en donde el abandono estatal en materia de servicios públicos y educación se suma a la desnutrición, a la promiscuidad, al alcoholismo y a la drogadicción, y el maltrato escolar, para provocar las condiciones que aseguran el imperio del crimen, de la complicidad y de la indiferencia, en estos conglomerados humanos, condenados a la miseria y a la súplica desatendida.

La profesora e investigadora Elsy Bonilla aclara que la violencia en el hogar, no sólo se manifiesta mediante el golpe y la reprimenda física, sino mediante el chantaje que conlleva la amenaza frecuente de abandono, la cual se torna especialmente crítica en una sociedad en que la responsabilidad de sostener, alimentar, educar y mantener la salud de los miembros depende casi totalmente de los recursos de los hogares. No son sólo las carencias y los golpes físicos, también es el maltrato afectivo, el autoritarismo y la arbitrariedad impuestos por unas estructuras, familiar, social y por supuesto escolar, que limitan a las personas y someten a los pequeños a vivir la permanente ambigüedad de

apetecer todos aquellos bienes y objetos que publicitariamente se les presentan como sobreabundancia, para resignarse luego a saberlos realmente inaccesibles. Todos los sicarios entrevistados por Alonso Salazar y por Víctor Gaviria insistían en que una de las motivaciones hacia la ejecución de sus crímenes consistía en la obtención de dinero para usar ropa de “marca”, para hacer regalos a la “cucha” y demás seres queridos, y para obtener el status que da la posesión y el consumo, así sea de manera imitativa o fugaz.

A estas juventudes desarraigadas y expectantes, el grupo, la barra, la gallada, la banda, les garantiza la afirmación de una identidad colectiva, les da una supuesta o real fortaleza y superioridad frente a la agresión padecida por parte de los adultos, les permite desplazar su angustia por la soledad y el abandono y negar paranoicamente la realidad por medio de la fantasía. En una especie de magia simpática o contaminante introyectan la agresión padecida y luego despliegan su agresividad sobre los otros, a quienes de manera inconsciente culpan de sus penas, repitiendo así su propia historia, como lo expresa Alice Miller: *“La gente golpea, maltrata y tortura por una compulsión interna a repetir su propia historia”*.

En la *Dialéctica del iluminismo* Horkheimer y Adorno, al referirse a estas formaciones colectivas afirman: *Las formas de conciencia paranoicas tienden a la formación de ligas, frondas y mafias. Sus miembros tienen miedo de creer solos en sus locuras. Al proyectar ven por doquier conjuraciones y proselitismo. El grupo conducido se ha comportado respecto a los demás siempre en forma paranoica.*

Este tipo de uniones patológicas se refuerzan en la persecución a otros; al idealizar el grupo y a su jefe desatan el terror contra todo lo ajeno, porque todo lo exterior supuestamente les amenaza su unidad. *“El atractivo terrible que poseen las formaciones colectivas que se embriagan con la promesa de una comunidad humana no problemática, basada en la palabra infalible, consiste en que suprimen la indecisión y la duda, la necesidad de pensar por sí mismo, otorgan a sus miembros una identidad exaltada por participación, separan un interior bueno -el grupo- y un exterior amenazador”*, ha dicho Estanislao Zuleta en su ensayo *Elogio de la dificultad*.

Estas son las elementales condiciones psicológicas y culturales -casi que ecológicas-, que han hecho posible la ausencia de futuro para una juventud atrapada en una sociedad del espectáculo, que se resuelve en el despliegue de ideologías presentistas y faranduleras; en la apología de unos héroes de vitrina y en la idealización absurda y sin sentido de posesiones inmediatas, en el orgullo de la competitividad por las marcas y el “estrene”.

La situación de orfandad y de abandono afectivo en que se encuentran los adolescentes que hemos venido analizando, les impulsa a una afanosa y exhaustiva búsqueda de reemplazo a las figuras parentales, lo que origina una gigantesca demanda de idealizaciones, reclamo que provoca, como consecuencia lógica, esa desmesurada oferta de identidades grupales, “barras”, “combos”, “parches” o “bandolas” y de héroes y superhombres con que se inunda el mercado de las fantasías juveniles; mercado que la ideología del fascismo

democrático -o demofascismo-, que soportamos, se encarga de reproducir y ampliar.

Textos citados

BONILLA Elssy, Vida cotidiana, familia y violencia, en revista Texto y contexto U. Andes, Enero 1988.

COLLAZOS Oscar, Rencor. Arango editores Bogotá. 2006

Comisión de estudios sobre la violencia. Colombia: Violencia y Democracia. Universidad Nacional de Colombia- Colciencias. Bogotá 1988. p. 10.

FLOREZ Hugo. De tal palo tal astilla; artículo del diario "El Tiempo". Sin fecha 1990.

HORKHEIMER M. y ADORNO T. Dialéctica del iluminismo Ed. Sur, Buenos Aires, 1969. p.232.

MILLER Alice, Por tu propio bien. ED. Tusquets, Barcelona 1985 y El Saber Proscrito. ED. Tusquets, Barcelona 1990.

PARRA SANDOVAL Rodrigo. Juventud ausencia de futuro. Ed. Plaza y Janés Bogotá. 2a edición 1987.

SALAZAR ALONSO. No nacimos pa' semilla... Cinep. Bogotá 1990.

SÁNCHEZ Gonzalo y MEERTENS Donny Bandoleros, Gamonales y campesinos. Áncora Editores , Bogotá. 1983.

SEBRELI Juan José, Buenos Aires, vida cotidiana y alineación. Ed. Siglo XX. Buenos Aires. 15a ED. 1979. p.106.

URIBE Carlos Alberto, Nuestra cultura de la muerte, en revista Texto y Contexto de la universidad de los Andes. Enero 1988.

ZULETA Estanislao. Sobre la idealización de la vida personal y colectiva Ed. Procultura, Bogotá. 1985. p.23.

Edición 469 – Semana del 23 al 29 de octubre de 2015